

¿Qué significan esos peldaños?



Dr. Justo L. González

El día de fundadores
Universidad Interamericana de Puerto Rico
San Juan, Puerto Rico
1 de marzo 2009

¿Qué significan esos peldaños?

Josué 4:1-7

Cuando toda la gente acabó de pasar el Jordán, Jehová habló a Josué y le dijo: «Tomad del pueblo doce hombres, uno por cada tribu, y dadles esta orden: “Tomad de aquí, de en medio del Jordán, del lugar donde han puesto sus pies los sacerdotes, doce piedras, las cuales llevaréis con vosotros, y las depositaréis en el lugar donde habéis de pasar la noche.”»
Entonces Josué llamó a los doce hombres que él había designado entre los hijos de Israel, uno por cada tribu. Y les dijo Josué: «Pasad ante el Arca de Jehová, vuestro Dios, hasta el medio del Jordán, y cada uno de vosotros tome una piedra sobre su hombro, conforme al número de las tribus de los hijos de Israel, para que esto quede como una señal entre vosotros. Y cuando vuestros hijos pregunten a sus padres mañana: “¿Qué significan estas piedras?”, les responderéis: “Las aguas del Jordán fueron divididas delante del Arca del pacto de Jehová; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del Jordán se dividieron, y estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre.”»

Filipenses 2:5-11

*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:
Él, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomó la forma de siervo
y se hizo semejante a los hombres.
Mas aún, hallándose en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,
para gloria de Dios Padre.*

Por fin, tras larga y penosa peregrinación por el desierto, los hijos de Israel acaban de cruzar el río Jordán y por primera vez sus pies hoyan la Tierra Prometida. Por delante se abre el largo proceso de la conquista, el asentamiento, la construcción de la nación. Pero por lo pronto lo primero que Josué les ordena a sus seguidores es que tomen doce piedras del Jordán y erijan un monumento, de modo que las sucesivas generaciones tengan oportunidad de preguntarles a sus progenitores acerca del significado del monumento, y así escuchen de nuevo la historia de cómo Israel cruzó el Jordán como por tierra seca.

Porque, por extraño que nos parezca, un monumento no se dirige tanto al pasado como se dirige al futuro. El monumento se levanta al pasado, sí; pero se levanta para que el futuro no se olvide. Se levanta, no sólo con miras al pasado, sino también y sobre todo con miras al futuro, cuando existe el peligro de que el pasado se olvide, y que al olvidarse el pasado se pierda la historia, se pierda la identidad, se pierda la esperanza.

La memoria es parte esencial de la fe bíblica. Al Israel antiguo se le dice repetidamente:

Recuerda. La ley de Moisés le ordena al pueblo: No oprimirás al forastero ni al esclavo.

Recuerda que fuiste forastero y esclavo en la tierra de Egipto. Los Salmos cantan la memoria del que abrió camino a través del Mar, para que el pueblo sepa que éste su Dios es poderoso sobre todos los dioses. Y el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, dijo "Haced esto en memoria de mí."

La memoria es parte esencial de la fe bíblica, porque es parte esencial de la realidad humana. Quien pierde la memoria no sabe quién es; pierde su identidad. Es como si no fuera nadie. Por eso no sin razón decía José Ortega y Gasset que para decir algo humano hay que contar una historia; que la vida es la realidad radical, pero que la vida misma es historia.

Sin memoria el individuo pierde su identidad. Y sin memoria los pueblos y las instituciones también la pierden. Un pueblo sin memoria ya no es pueblo, y permite que otros pueblos definan su identidad. Una institución sin memoria deja de ser lo que fue, y se vuelve mero reflejo de lo que existe en su derredor.

Por otra parte, es también la memoria la que nos permite evolucionar, cambiar, adaptarnos a nuevas circunstancias sin dejar de ser lo que somos. Cada uno de nosotros ha cambiado a través de los años. Han cambiado nuestras caras y nuestros cuerpos. Han cambiado nuestras ideas. Han cambiado nuestras costumbres. Y lo que nos hace posibles todos esos cambios sin dejar de ser quienes somos es precisamente la memoria cumulativa de todos esos años de cambio. La memoria nos permite adaptarnos, cambiar, crecer, precisamente porque mientras tengamos memoria sabemos que el cambio nunca destruirá quienes somos, sino que lo enriquecerá, dándonos nuevas experiencias que pronto se convertirán en parte de nuestra memoria. Y eso es lo que somos: esa larga y creciente colección de memorias.

Lo mismo sucede con los pueblos. Josué les da instrucciones a las tribus de Israel porque lo que en el futuro les dará identidad será precisamente esa historia de haber cruzado el Jordán. Mientras Israel recuerde que su Dios es el Dios de Abraham, de Jacob y de Isaac, y que fue ese Dios quien le trajo a través del desierto, Israel será Israel. Mientras los hijos e hijas les pregunten a sus padres y madres, a sus abuelas y abuelos, "¿qué dicen esas piedras?" Israel será Israel. Podrá ser fuerte o débil; podrá vivir en la tierra o perderla; pero seguirá siendo Israel. Mientras Israel recuerde que fue forastero en tierra extraña, hará justicia con el forastero. Pero el día que Israel olvide que fue forastero, se volverá opresor de los extranjeros que viven dentro de él. Es decir, se volverá desobediente al mismo Dios que le sacó de la tierra de esclavitud.

Y lo que sucede con los individuos y con los pueblos sucede también con las instituciones. Hace casi un siglo, en estas Lomas de Santa Marta, en este San Germán, el pastor presbiteriano John Will Harris fundó el Instituto Politécnico de Puerto Rico y, sin él mismo sospecharlo, levantó un monumento: unos peldaños que conducían a un edificio que ya no existe.

Bien recuerdo la primera vez que vi esos peldaños. Fue en el año 1961. Mucho me extrañó ver, en un campus en el que todo estaba tan bien cuidado, las ruinas de unas escaleras que al parecer no conducían a ninguna parte. No recuerdo qué palabras usé. Pero, fueran lo que fueran, estoy seguro de que lo que pregunté, con unas palabras u otras, sería el equivalente de

¿qué significan esos peldaños? Y fue entonces que por primera vez escuché la historia del Poli, de su propósito, de sus logros y de sus retos.

Mucho ha llovido desde que esa escalera se construyó. El Poli se volvió la Inter. Aquellos dos estudiantes que por primera vez se sentaron en las aulas del Poli se volvieron más de 40,000.

De las Lomas de Santa Marta, la institución se extendió a casi una docena de recintos.

Yo nunca conocí al pastor Harris, y no sé cuán clarividente fue o no fue. Pero por mucha visión de futuro que tuviera, estoy seguro de que nunca se imaginó lo que aquel Instituto Politécnico que fundó en el 1912 sería un siglo después. Bien sospecho que se sorprendería y se sentiría más que satisfecho al enterarse de lo que ahora es esta institución. Lo que empezó como una pequeña escuela se ha vuelto una de las instituciones más prestigiosas de Puerto Rico, y su impacto en el país y en todo el hemisferio es incalculable.

Y más se sorprendería al saber que su sueño, como misionero norteamericano, de educar al pueblo de esta isla, ahora ha rebotado, por sí decir, de modo que hoy la Universidad Interamericana de Puerto Rico, a través de su programa en Orlando, contribuye a la educación, no sólo de Puerto Rico, sino también de la tierra que vio nacer al propio Harris.

Me imagino que todo eso le halagaría. Pero lo que más le halagaría sería ver esos peldaños por los que tantas veces subió y bajó, convertidos monumento que nos recuerda una historia de casi un siglo, y en símbolo que en el sello corporativo de la Universidad

Interamericana hace memoria del pasado. Le halagaría saber que sus sucesores, y los sucesores de sus sucesores, tuvieron la sabiduría de, como Josué, proveerle al pueblo un monumento, de modo que las generaciones subsecuentes tengan que preguntarse una y otra vez, "¿qué dicen esas piedras?" y renueven así su memoria; y renueven así su identidad.

"¿Qué dicen esas piedras?" Si la memoria de un individuo es lo que le permite crecer y aprender sin dejar de ser quien es; si la memoria colectiva de un pueblo es lo que le permite enfrentarse a nuevas situaciones sin perder su identidad como pueblo; entonces es la memoria institucional representada en esos peldaños la que le ha permitido al Instituto Politécnico de Puerto Rico convertirse en la Universidad Interamericana de Puerto Rico sin perder la esencia de su identidad; lo que le ha permitido a la Universidad Interamericana de Puerto Rico extenderse desde San Germán a tantos otros recintos en la Isla y hasta alcanzar a la Florida; lo que les permite hoy a decenas de millares de estudiantes ser herederos y continuadores de aquellos dos primeros estudiantes del Poli. .

"¿Qué dicen esas piedras?" Que el Dios de Israel hizo al pueblo cruzar a la Tierra Prometida cruzando el Jordán. ¿Qué dicen esos peldaños? Que ese mismo Dios hizo posible que un pequeñísimo grupo dedicado al servicio de los demás y a su educación tuviera un impacto en este país que ellos mismos y ellas mismas nunca soñaron.

Pero las piedras del Jordán dicen más. Las piedras del Jordán les prometen a los hijos e hijas de Israel que el mismo Dios que abrió el Mar Rojo, el mismo Dios que hizo calzada en el desierto, el mismo Dios que les trajo a través del Jordán, sigue siendo el Dios de Israel.

"Recuerda, oh Israel..."

Y también los peldaños de San Germán dicen más. Dicen que el mismo Dios que tomó la pequeña semilla sembrada por Harris y sus acompañantes, nutrida luego por generaciones posteriores, y la hizo llegar a ser el árbol frondoso que es hoy, ese mismo Dios invita a cada estudiante y a cada profesor, y a la Universidad misma, a continuar sembrando semilla de servicio, semilla de educación, semilla de valores, en la confianza de que el Dios que le dio crecimiento a la semilla del Poli les dará crecimiento en generaciones posteriores a nuestras humildes semillas de hoy.

Pero un monumento nos dice algo también por su forma. Los monumentos a los próceres patrios, así como los monumentos a los generales y hasta a los dictadores, se colocan sobre altos pedestales, para hacer de ellos seres inalcanzables. El monumento que los hijos de Israel levantaron era un círculo de doce piedras, y su forma misma indica que las doce tribus serían iguales, y todas juntas formarían el círculo del pueblo de Israel. El monumento que hoy nos ocupa son unas escaleras por las que repetidamente subieron y bajaron fundadores, profesores, alumnos, administradores. Frecuentemente pensamos que la educación es solamente para subir, para progresar en nuestro status social, para descollar por encima de los

demás. Por esa escalera del Poli muchos y muchas estudiantes escalaron a una vida mejor, más cómoda, más productiva. Pero esa escalera, como todas, ha de servir no sólo para subir, sino también para bajar. Cuando, en el 1912, Harris vino a estos lares, en cierto sentido estaba bajando. Estaba viniendo a traer su educación y las otras ventajas de que gozaba por diversas razones, y ponerlo todo al servicio de este pueblo. Pero en otro sentido en esa misma bajada estuvo también su subida. Hoy le recordamos, no porque supiera mucho, ni porque fuera muy respetado, ni porque fuera rico, sino porque usó esa escalera para hacer subir al pueblo puertorriqueño.

Esto es importante precisamente porque para muchas personas hoy la educación es sólo instrumento de subida, de descollar, de ganar más dinero, de tener más poder. Pero cuando se nos pregunte, "¿Qué dicen esos peldaños?" hemos de responder: nos recuerdan que en la verdadera educación se sube para saber bajar a donde están otras personas y hacerlas también subir. O, en otras palabras, que la educación es para servir, y no para servirse a sí mismo—que la mejor educación es la que toma por modelo a Aquel que, siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los humanos.

Yo no conocí al Dr. Harris, ni a ninguno de los primeros fundadores de esta institución. Pero sin haberles conocido, de una cosa estoy seguro, y es de que su grandeza, cualquiera que haya sido, estuvo, no en lo que recibieron, sino en lo que dieron; no en aquello a que se aferraron,

sino en aquello de que se desprendieron por el bien de otros; no en cuán alto subieron, sino en cuán dispuestos estuvieron a bajar en busca de los necesitados. Porque es en eso que está la verdadera grandeza de toda persona que ose llamarse discípula de Aquel que, siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo. Y de otra cosa estoy seguro; y es que, por extraño que parezca a los ojos del mundo, a la postre la grandeza de la Universidad Interamericana no se medirá en términos de cuántos estudiantes tuvo, en cuántos recintos, cuántos libros publicaron sus docentes. Todo eso es valioso. Pero a la postre la grandeza de la Universidad Interamericana estará más bien en la medida en que continuó siendo un centro de servicio, dedicado a producir hombres y mujeres dedicados al servicio, y capacitados para ello.

¿Qué dicen esos peldaños? ¿Qué dicen esos peldaños que al parecer no van a ninguna parte? Dicen, compañero o compañera estudiante, que estás aquí para subir tanto como puedas en la escalera del conocimiento, pero también para aprender a bajar en servicio a toda persona que necesite tu conocimiento. Dicen, distinguidos profesores y profesoras, decanas y decanos, rectores y rectoras; dicen, Señor Presidente; dicen: "haya pues en vosotros el mismo espíritu que hubo también en Cristo Jesús." Y mientras lo sigan diciendo, y mientras se les siga oyendo, lo que antes fue el Poli y hoy es la Inter seguirá siendo fiel a su memoria, capaz de responder con creatividad a los nuevos retos de cada época; y la Universidad, al tiempo que cambia radicalmente según los tiempos cambian, seguirá siendo la misma, guiada siempre por los principios y valores que llevaron a su fundación, por los principios y valores que la han

caracterizado, por los principios y valores en los cuales está su pasada identidad y en los cuales
estará su futura gloria.

¡Así sea!

